

The background of the page is a close-up, slightly blurred image of the European Union flag, showing the blue field and the golden stars. A semi-transparent white rectangular box is centered horizontally and vertically, containing the title text.

ALTERNATIVAS A LA CRISIS Y AL FUTURO DE EUROPA

FUNDACIÓN 1º DE MAYO
FUNDACIÓN FRANCISCO LARGO CABALLERO
DOCUMENTO DE TRABAJO

ALTERNATIVAS A LA CRISIS Y AL FUTURO DE EUROPA

FUNDACIÓN 1º DE MAYO
FUNDACIÓN FRANCISCO LARGO CABALLERO

DOCUMENTO DE TRABAJO

Enero 2013

Alternativas a la crisis y al futuro de Europa

ENCUENTRO SINDICAL EUROPEO

Madrid, 25 de septiembre de 2012

FUNDACIÓN 1º DE MAYO

FUNDACIÓN FRANCISCO LARGO CABALLERO

- Presentación

- DOCUMENTO DE TRABAJO

1. Para salir de la crisis es, en primer lugar, necesario rechazar el diagnóstico de la crisis que hacen los poderes fácticos de la Unión Europea (UE).
2. Para salir de la crisis es necesario cambiar radicalmente de política.
3. Hay que reconocer y poner remedio a las profundas asimetrías y a los elementos contradictorios del proyecto europeo.
4. Entre ruptura del euro o federalismo, optamos por el federalismo.

Presentación

El 25 de Septiembre de 2012 se reunieron en Madrid más de cincuenta dirigentes sindicales pertenecientes a alrededor de veinte sindicatos (entre los que se encontraban CC OO, UGT y USO) del conjunto de los países de la Unión Europea, con la participación de diferentes responsables de la Confederación Europea de Sindicatos (CES), que mantuvieron un Encuentro Sindical para debatir sobre la crisis y el futuro de Europa y sus alternativas. Igualmente, en el encuentro participó la Fundación Friedrich Ebert.

El Encuentro se desarrolló en un contexto en el que los responsables políticos de las instituciones europeas y de sus principales Estados miembros son incapaces de dar respuestas eficaces y coherentes a los problemas más urgentes, al tiempo que formulan nuevas propuestas de reforma política que implicarían la modificación profunda de los Tratados de la UE, con orientaciones imprecisas y sesgadas por su olvido de los componentes sociales y del reforzamiento de la democracia europea.

Se ha analizado y reflexionado en torno al actual escenario socioeconómico. Se han propuesto alternativas, completando las ya existentes en el sindicalismo europeo, que son de otra parte las que puedan solucionar los problemas más urgentes: déficit y deuda, crecimiento y empleo. Pero también propuestas de reforma en profundidad de las instituciones de la UE, de su gobierno económico y político, diferentes a las muy parciales y, en ocasiones, contradictorias que se realizan desde el pensamiento conservador y neoliberal hoy dominante en las instituciones políticas europeas.

Nuevo gobierno económico, basado en una profunda democratización de las instituciones europeas, y Nuevo Contrato Social Europeo, planteado por la CES, que preserve y profundice la cohesión y el acervo social europeo deben ser las bases de lo que podría llamarse una refundación política de la UE desde una perspectiva de progreso. Tal vez sería la única forma de recuperar el prestigio y legitimidad que el proyecto europeo hoy ha perdido en amplios sectores de los trabajadores y de la ciudadanía europea.

Las reflexiones producidas en este importante Encuentro servirán de base para futuros debates en el seno de las estructuras de la CES. Por su gran interés, reproducimos a continuación el documento aportado por los Sindicatos españoles como punto de partida del debate y que se denomina “Alternativas a la crisis y al futuro de Europa”.

DOCUMENTO DE TRABAJO

Organizaciones sindicales del norte y del sur de la Unión Europea, de países integrantes o no de la zona euro, de Estados profundamente afectados por la crisis y de otros en los que ésta repercute sensiblemente menos. Organizaciones todas ellas que forman parte de la Confederación Europea de Sindicatos y contando con la representación de ésta, se reúnen en Madrid el 25 de septiembre de 2012 en un encuentro destinado a analizar y debatir las “Alternativas a la crisis y al futuro de Europa”.

1. Para salir de la crisis es, en primer lugar, necesario rechazar el diagnóstico de la crisis que hacen los poderes fácticos de la Unión Europea (UE).

Según ese diagnóstico, la crisis ha sido provocada por el descontrol presupuestario (déficit presupuestarios y de las deudas públicas) de cierto número de países miembros. Ello les ha llevado a imponer una cura de austeridad en los presupuestos públicos y una política de “devaluación interna” que tiene por objetivo la reducción de los salarios y de las prestaciones sociales. Bajo el argumento de que, de esta manera, esos países terminarán por registrar grandes excedentes externos que, unidos a reformas estructurales radicales y a la venta de los mejores activos de esos países a precios de saldo, atraerán grandes inversiones extranjeras directas, con las que financiarán los déficit por cuenta corriente a corto plazo, relanzarán la actividad económica a largo plazo y estabilizarán la financiación de sus deudas públicas.

Ese no es el diagnóstico correcto, ni tampoco la respuesta adecuada a la crisis, de la que ya está contagiada más de un tercio de la UE.

Al comienzo de la crisis, se decía que su causa residía en las consecuencias de la “auto-regulación” de los sistemas financieros. Una vez calmados éstos, por la inyección masiva de dinero de los presupuestos públicos o por los avales acordados, a partir de 2010, con la crisis griega, ese propio sistema financiero se ha encargado de introducir el diagnóstico que más le conviene. En la economía de casino, la caja siempre gana.

Pero el origen de la crisis no son los déficits públicos. Estos son la consecuencia de cómo se ha gestionado la misma, y de los regalos fiscales anteriores a la llegada de la crisis. En 2007, la UE tenía, en su conjunto, un déficit público del 0,7% y una deuda pública del 66%. Algunos de los países actualmente más afectados por la crisis, como Irlanda o España, tenían cifras incluso bastante inferiores.

La crisis de la zona euro tiene causas complejas: el infarto del sistema financiero que, por una desidia culpable, sigue sin remediarse; el gran crecimiento del endeudamiento privado; la recesión que provocó la crisis financiera sobre la economía real; las grandes asimetrías entre los países de la zona euro, que la crisis no ha hecho más que agudizar; la incompleta y desequilibrada construcción de la Unión Monetaria; la carencia de una Unión Económica y la falta de una Unión Política.

De ese diagnóstico erróneo se derivan sofismas que nada tienen que ver con la realidad. Por ejemplo, en relación con los problemas de financiación que tienen ahora mismo los países del sur. Otros países, dentro y fuera de la zona euro, con similares o superiores niveles de endeudamiento privado y/o déficit elevados no tienen problemas en cuanto a su

financiación. Bien porque todavía no les ha llegado el contagio, bien porque tienen estructuras productivas más competitivas, bien porque se están beneficiando de la financiación a coste cero frente a los países en dificultades, bien porque no están en el euro y tienen un Banco Central propio. Y, sobre todo, para los miembros de la zona euro, porque no existe voluntad política de quienes deciden en la UE de asegurar financiación a todas las economías a precios y plazos razonables. La incapacidad y/o los errores de quienes imponen las decisiones en la zona euro han dejado que los mercados ataquen a los eslabones más débiles – cada vez a más Estados y a más grandes – para así imponerles condiciones draconianas que agravan sus problemas y les abocan a situaciones límite.

La política de austeridad debilita las economías y los bancos, aumenta el desempleo y reduce los ingresos públicos. Lo que, a su vez, convierte en ineficaz la austeridad presupuestaria. A su vez, la atonía de la demanda de los países centrales de la eurozona agrava la debilidad económica de la periferia, en lugar de compensarla.

También es falaz esa versión de que en la Unión existen países que gestionan las cosas bien y otros que las gestionan mal. Por ejemplo, a la hora de endeudarse. En el ámbito europeo ha existido una estrecha interrelación entre la situación de los países con elevado endeudamiento y los países cuyo sistema financiero, deseoso de colocar sus excedentes y de ganar dinero, ha corrido con el riesgo de la financiación del mismo.

Y, para finalizar, cabe señalar los prejuicios ideológicos de ese análisis. Por ejemplo, en el tema de las famosas condicionalidades exigidas para conceder financiación a los países “rescatados”. Todas ellas suponen medidas que van contra los sectores más débiles de la población y debilitan los pilares del Estado de Bienestar. Nunca se plantea que se reformen o que se suban los impuestos que afectan a las rentas más altas, siempre que se reduzcan los gastos o que se suban los impuestos indirectos. La asimetría en la rapidez en la toma de decisiones es otra muestra de ello: rápidas e inmediatas para los recortes sociales, lentos y gravosos, cuando no inexistentes en las de crecimiento y empleo; o para el acceso a una financiación sin hipotecas abusivas.

Las medidas sociales y económicas derivadas de tal diagnóstico arruinan el tejido productivo de muchos países e hipotecan el futuro de la juventud europea, echando por tierra principios esenciales de la UE, como el principio de igualdad en su dimensión social, sea en la dimensión de género, de educación o de salud. El BCE, al margen de sus competencias, solicita incluso la reducción de salarios cuando está reiteradamente demostrado que ante una crisis de demanda como la actual la reducción de los salarios en lugar de crear empleo contribuye a destruirlo. Hasta la OIT ha tenido que salir al paso de las declaraciones del Sr. Draghi.

2. Para salir de la crisis es necesario cambiar radicalmente de política.

La política de austeridad, de recortes y de “reformas estructurales” neoliberales ha demostrado ser, después de haber sido aplicada durante dos años y medio, totalmente ineficaz e injusta. Insistir en ello resulta ya una obviedad redundante.

La política de rescate en realidad sólo rescata a los acreedores de otros países europeos, transfiriendo su riesgo a los contribuyentes de los países “rescatados”. Y las políticas de “devaluación interna” o de “constricción expansiva” han demostrado servir sólo para imponer a los países medidas contra las clases populares, para hundir más en la crisis a esos países y para hacer avanzar las posiciones euroescépticas y anti-euro. En ningún caso mejoran sus problemas, la contracción de sus economías hace ineficaces los recortes de gasto

para reducir el déficit, agudiza la desconfianza de los mercados y los problemas de financiación. Pareciera que se quisiera poner a esos países ante la tesitura de aceptar una cura imposible de llevar a cabo, o de salirse del euro. En realidad, sólo se contempla esta última opción.

Para evitarlo y salir de la crisis son necesarias medidas con carácter inmediato. En primer lugar y antes que nada, se deben arreglar los problemas de financiación. Mediante la intervención del BCE o a través de otro organismo que establezca los mercados de deuda pública, y que asegure una amortización de las mismas en plazos largos y a tipos de interés equivalentes a los de los países que no sufren los ataques de los mercados. La condicionalidad no puede ser otra que el compromiso de devolver las deudas.

Al mismo tiempo, para reforzar la credibilidad y asegurar la reducción del déficit público y del endeudamiento privado, es imprescindible una potente política de crecimiento económico y de creación de empleo. Frente a un aumento desenfrenado del desempleo, una crisis bancaria y de endeudamiento privado, una caída en picado de la demanda, por una heterogeneidad creciente entre las economías de la eurozona, la respuesta no puede ser la austeridad sino el crecimiento intensivo. Hay que cambiar, a tal efecto, proyectos europeos vinculados a la política industrial, la energía, la innovación o la educación y la formación. Es necesario poner en el centro del proyecto la lucha contra las desigualdades sociales y las iniciativas vinculadas al cambio del modelo productivo, como exigencia de los desafíos climáticos, energéticos, alimentarios. Además, han de lanzarse iniciativas también en otros campos, como los transportes, la reconversión de edificios, las energías renovables y los servicios a la comunidad.

La política de crecimiento es imprescindible. A corto plazo, porque si no se crece es imposible que se cree empleo, se generen ingresos fiscales y de cotizaciones sociales, se puedan pagar las deudas privadas y reducir las deudas públicas; y, a medio plazo, porque es básico tener una horizonte acorde con el crecimiento potencial de sus economías, para que los países tengan futuro.

Como se hizo en Suecia, la UE necesita una política que supedite o vincule la reducción de los déficits a un proyecto nacional de crecimiento orientado - en el ejemplo sueco - al desarrollo tecnológico. Filosofía en la que tendría que inspirarse un Plan de desarrollo sostenible europeo.

Esta política habría de asentarse en impuestos europeos sobre las transacciones financieras, las emisiones de CO₂ y otros, y en reformas fiscales progresivas en los países miembros afectados por los problemas de financiación.

Además, son necesarias políticas más expansivas por parte de los países con balanzas superavitarias para favorecer el crecimiento del resto.

Hay que proceder al saneamiento del sistema bancario, como se hizo en Estados Unidos, recapitalizando los bancos directamente, mediante el Fondo Europeo de Estabilidad Financiero o del Mecanismo Europeo de Estabilidad. Ello evitaría tanto el aumento de la deuda pública como el establecimiento de medidas de condicionalidad.

Si todo este conjunto de medidas no se toman más bien pronto que tarde, y algunas con carácter urgente, a los países del sur se les está abocando a la salida del euro. Hipótesis de la que se escribe y habla cada vez con mayor nitidez y frecuencia, salvo en los países afectados. Para eliminar el "riesgo moral", dicen los gobiernos que imponen las condiciones en la zona euro, es necesario asegurar primero un modelo de gobernanza europea que, naturalmente, es el más afín a sus designios. Pero la discusión de este asunto es larga y compleja (incluso entre los países con mejor situación económica). Mientras tanto, los países del sur se van hundiendo cada día más sin ninguna perspectiva de poder salir del agujero.

Para salir de este dilema entre el corto y el medio plazo es imprescindible alargar el corto plazo: es decir, cortar la sangría de los tipos de interés que imponen los mercados y establecer un horizonte más largo para la reducción del déficit al tiempo que se pone en marcha una política europea de crecimiento; y acortar el medio plazo, estableciendo cuanto antes un proyecto global, solidario e ideológicamente equilibrado sobre el futuro de la Unión, que implique una cesión de soberanía más completa, acorde con la realizada al crearse el euro.

3. Hay que reconocer y poner remedio a las profundas asimetrías y a los elementos contradictorios del proyecto europeo.

Asimetrías y contradicciones que están latentes desde su creación, pero que se han puesto especialmente de manifiesto, primero, con la aprobación de la moneda única, en 1991, que cambió la naturaleza de la construcción europea; y, segundo, con la crisis.

Tenemos una unión monetaria sin unión política, con un BCE que, al contrario que todos los bancos centrales, no ejerce las funciones de tal: solo tiene como mandato la estabilidad de los precios, no la estabilidad financiera ni el crecimiento y el empleo; no es avalista de último recurso, ni puede prestar a los Estados; es la única estructura federal en una Unión que no lo es; es un ente extraterritorializado sin vinculación con ninguna autoridad política reconocida oficialmente. Es un banco central sin “soberano”.

En una Unión de Estados con profundas disparidades, la UE no dispone ni de un Tesoro federal –con un presupuesto adecuado y dependiente de recursos propios– capaz de realizar transferencias a sus integrantes menos desarrollados; ni ha desarrollado una Unión Económica, con políticas comunes –industrial, energía, innovación, infraestructuras, educación– capaz de impulsar un desarrollo más integral y cohesionado.

Tenemos una Unión que ha establecido la liberalización de capitales y la libertad de mercado, pero no una unión fiscal ni una unión social. Con lo que, es el contexto ideal para una política neoliberal: reduce los impuestos, los ingresos, fundamentales para las políticas de protección y de inversión social y fomenta el retroceso de las protecciones vinculadas al trabajo.

Contamos con una UE que ha transferido elementos esenciales de soberanía desde los Estados Nacionales hacia la Unión Europea – especialmente la moneda única y, con la crisis, la necesidad de una mayor integración de las políticas presupuestarias y de la unión bancaria – que pretende gobernar con “reglas” y no con estructuras democráticas acordes con la soberanía transferida.

Todo ello se traduce en la lentitud e inanidad de la capacidad de toma de decisiones y en la irrelevancia de la UE en el concierto internacional.

Estamos en un contexto de fragmentación y balcanización del sistema bancario europeo y en el que la “nacionalización” de las respuestas a la crisis de las deudas públicas no dejan de ganar terreno, cuestión que podría conducir a la desintegración del sistema bancario europeo. Lo que abunda en la necesidad de una Unión Bancaria Europea. A su vez, ello demandaría desvincular la ayuda a los bancos de las deudas soberanas y de cualquier condicionalidad no monetaria; evitar a toda costa que las pérdidas o quiebras bancarias recaigan sobre los contribuyentes; el aseguramiento de los depósitos bancarios para evitar el pánico de los ahorradores y la fuga masiva de capitales; establecer a nivel de la zona euro un sistema de regulación y de supervisión bancaria.

Finalmente es preciso rechazar el “pacto presupuestario” del llamado “Tratado Intergubernamental”, que reduce la capacidad de crecimiento, antepone la reducción de los déficit a cualquier otro objetivo y considera como déficit las inversiones públicas de futuro.

4. Entre ruptura del euro o federalismo, optamos por el federalismo.

A estas alturas, se pueden vislumbrar tres escenarios para la salida de la crisis de la UE. El primero, consiste en profundizar en las políticas de austeridad y recorte, que, en realidad, nos retrotraen varias décadas. Esa primera opción es inviable, tanto por razones económicas, como sociales y políticas. El segundo escenario es el de la ruptura del euro. Los países con dificultades tienen que realizar un esfuerzo que puede llegar a serles imposible de soportar, tanto desde el punto de vista de sus cuentas públicas, como de su competitividad y de su cohesión social. Es un escenario que los países afectados no se plantean pero al que pueden verse abocados como consecuencia de la presión de los mercados, con la venia de quienes tienen capacidad de decidir en la zona euro y en la UE.

Este escenario sería extremadamente duro para los países que fueran obligados a asumirlo. A los efectos perniciosos de años de políticas macroeconómicas nefastas impuestas desde Bruselas, Frankfurt y Washington se añadirían todos los daños, al menos durante un largo tiempo, de una medida de este tipo: pérdida de valor del capital de las empresas y de los ahorros de los ciudadanos, aumento de la inflación, pérdida de competitividad, aún mayor incremento del paro y obligación de restituir las deudas en euros.

Pero también lo sería para el resto de los países. Primero, porque ellos sufrirían repercusiones importantes en sus cuentas públicas y privadas. Segundo, porque se fracturaría el mercado interior. Tercero, porque es muy difícil que, en esas circunstancias, pudiera pervivir el euro. También por sus devastadoras repercusiones sobre la economía internacional. Y, especialmente, porque ello echaría por tierra el mejor y más avanzado proyecto de integración supranacional y un modelo social que ha sido punto de referencia en el mundo. Sin olvidarnos de las consecuencias de una medida de este tipo para la pérdida de influencia de Europa –y de cualquiera de sus países aisladamente considerados– en un mundo que se está reestructurando, tanto económica como políticamente, con la aparición de nuevos actores mundiales.

El tercer escenario es el federal, el que nosotros defendemos. Para hacerlo posible sería necesario un cambio radical en la construcción europea, que implica:

- Una concepción solidaria y no asimétrica de la misma.
- Que el euro sea una moneda completa, modificando el mandato del BCE;
- Construir una gobernanza económica cooperativa entre los ámbitos comunitarios y nacionales, con la consiguiente cesión de soberanía;
- Mutualizar las deudas públicas en un poderoso mercado financiero de obligaciones comunes, es decir la creación de eurobonos;
- El establecimiento de un Tesoro europeo, con un presupuesto a la altura de una unidad federal y con capacidad de sostener verdaderas políticas europeas y transferir recursos a los países y regiones;
- Armonización fiscal de la UE y reformas fiscales progresivas coordinadas. Política fiscal común en la zona euro.

- El progreso de la Unión Económica con un proyecto de desarrollo económico, basado en el impulso de las opciones de empleos verdes y una política industrial sostenible;
- La creación de una unión bancaria;
- El reforzamiento del papel del Parlamento Europeo y la creación de una Autoridad Presupuestaria europea.
- En general, un cambio radical de las instituciones para delimitar las competencias de la Federación y la de los Estados Nacionales. Finalmente, negociar un verdadero Tratado de la Europa Social ♦